

la guerra civil, a la compañera de una vida, a las entrañas del ser íntimo. Un gran tema alienta en estos versos: la esperanza. ¿Una esperanza metafísica? La postura del poeta es ambigua. Sin desmentir una problemática religiosa, traza un burlesco retrato (elogio y planto vueltos del revés) por su tía Elisa «que murió, la citada, de artritis metafísica». En el mismo poema escribe, no tan en broma: «O tempo é un gran oito/con figura de serpe./Por eso os homes bañanse/no mesmo rio sempre» (5). ¿El río heraclitano está inmóvil? ¿El infinito se muere de la cola de un modo demoníaco? La libertad murió hace muchos años, había escrito Celso Emilio en su *Viaxe*, respondiéndose en el mismo libro: «O que espera/despera;/ Libertá». Como Curros, a quien tan bien ha estudiado, el poeta entra en el juego de las contradicciones, parte de la vida misma. El gran poeta civil y satírico, creyente en la poesía como arma de transformación del presente, se ha vuelto ahora hacia sí mismo, hacia un paisaje crepuscular de torres sumergidas. Bajo la lluvia tenue del recuerdo y frente a la insidiosa esperanza de los fatuos, el poeta corrige: «A enganosa esperanza/ é tan sóio un anceio/de cousas que miramos/en lonxanos espeios» (6). Pero los espejos no mienten. La esperanza es engañosa por su reflejo lejano, que a veces parece disolverse en espejismo. El poeta, en sus galerías íntimas, titubea, ve imágenes borrosas. Piensa que la esperanza es objeto de un esfuerzo, de un acto de voluntad, de una fe en el mismo creer: «Cando surris, libérase. Só saben/surrir aquís que levan a esperanza./ Quen espera non morre/i o que sabe surrir

é quen se salva» (7). Los versos recogen en eco la albanza de Cristo sobre los que rien. El poeta identifica esperanza y libertad soñando en un edén imposible. Imposible, tal vez, por referencia a un más allá. Galicia, la tierra ante la que el poeta se siente Anteo, sube hasta su boca para cantar al río Miño, «rei natural de canecidas barbas»; para evocar al mariscal Pardo de Cela, rebelde ajusticiado por los Reyes Católicos a fines del XV; para remansarse en una conca de vino de Leiro, resumen de la gloria. La vuelta a la tierra, la rememoración, vuelven intimista una voz que otras veces se desgarraba hacia lo épico o lo satírico. De lo segundo es una muestra el poema que parece dirigirse al conde de Fenosa. A un nivel más general surge, como presagio y símbolo, el ave negra que ensombrece los caminos de la identidad: «Si non matamos/a ave moura/ que despedada/sobre iles voa,/ Dios, ¿qué será/da xente nosa?» (8). ■ MARIO HERMANDEZ.

(7) «Cuando sonríes te liberas. Sólo saben/sonreír aquellos que tienen esperanza./ Quien espera no muere,/ y el que sabe sonreír es quien se salva».

(8) «Si no matamos/ al ave negra/ que, despedada,/ sobre ellos vuela,/ Dios, ¿qué será/ de nuestro pueblo?».

Canciones para antes y después de una guerra

Los negocios intrincados de la paz serán tratados por los yankees en Inglaterra, y nuestros comisionados dirán a todo que [Yes!]

Cuando José Jackson Veyán escribía la «Carta abierta» a que pertenecen estos versos, los representantes diplomáticos del Gobierno Sagasta se preparaban a firmar en París el tratado de paz que el 28 de

noviembre de 1898 sellaría la guerra hispano-norteamericana.

Semanas antes, Manuel del Río decía en «El Cocinero»:

Esé odio que le tienen a la prensa los que por ella en el poder están, no debe ser porque propala embustes, pues si miente, la dejan circular, y si dice lo cierto, la amordazan, luego es porque propala la verdad.

Aquel año de 1898, la prensa española se ocupó con obligada frecuencia de los que estaban en el poder, y sobre todo de la guerra americana. A veces lo hacía en versos, más o menos ripiosos. Hasta ahora estos versos no habían sido recogidos en antologías, y esto es lo que ha hecho el profesor hispano-norteamericano Carlos García Barrón (1) en un libro que sigue las diversas fases de la guerra casi «verso a verso». En ripios periodísticos asistimos a la historia de un año desde la llegada del general Weyler a Cuba («¿Qué genio es el señor don Valeriano!») y la voladura del «Maine» («Es dir quénvian un barco/per probar lo amics que son/y á las primeras de cambi/ quen menys s'ho pensa.../¡brrron!...») a la derrota. Y así ha reunido trescientas composiciones publicadas en más de un centenar de periódicos de la época, que aparecían en Madrid, Barcelona, Valencia, Cádiz, Segovia, etcétera.

Barrón busca ofrecer a los lectores de hoy, sin intermediarios ideológicos, lo mismo que leían los de ayer. Es un intento de proporcionar «los instrumentos previos para proceder a una delimitación de la conciencia popular ante la mayor catástrofe que habían vivido los españoles de aquel entonces», según escribe Roberto Mesa en su introducción. Mesa considera

(1) Carlos García Barrón, *Cocinero del 98*. Edicusa.

que esa derrota pesa aún en cierta manera sobre la conciencia nacional, y resalta por eso la faceta higiénica que este libro aporta para, por vía de conocimiento, llegar a la superación de la «escolástica del 98». Se trataría, sigue, de «vivir el presente mirando al futuro y no con los ojos permanentemente vueltos al pasado. Más o menos como decían, por los años finiseculares, los versos de «El acabóse», que publicaba el semanario satírico «Gedeón»:

... y adquirimos, aunque tarde, la tristísima experiencia de que los pueblos no viven de lo que han sido en tal fecha, sino de lo que ahora son, y el que es menos se revienta.

■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Reflexiones de John Lennon

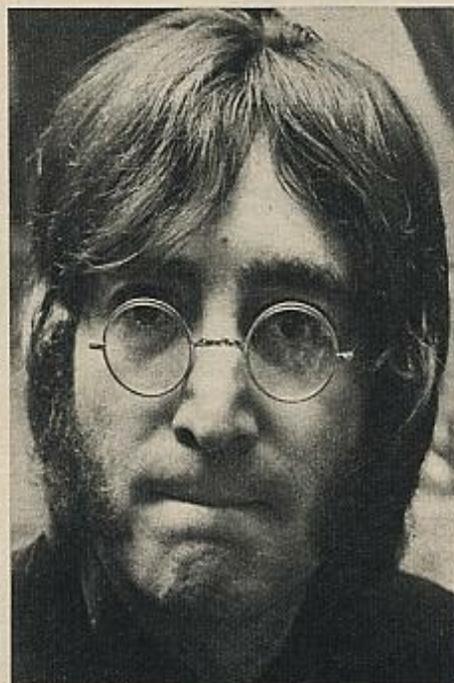
Nadie puede ya dudar de que los Beatles fueran, en los años sesenta, el conjunto que logró renovar la música popular, no solamente

en Inglaterra, sino también en toda Europa y América. Por otra parte, contribuyeron también a difundir ciertos elementos muy importantes de la cultura juvenil de su década: el culto al LSD, el orientalismo, etcétera. Hoy, el conjunto está separado, escindido en cuatro personalidades que siguen caminos artísticos y personales muy distintos entre sí: George Harrison sigue siendo el portavoz de la filosofía hinduista; Ringo Starr interpreta música ligera y divertida y Paul McCartney continúa empeñado en ser el mejor compositor de su época. En cuanto a John Lennon, de quien me ocupo aquí, ha abandonado toda complicación artificiosa y todo intento de vanguardismo, regresando al «rock and roll» de los años cincuenta.

Lennon no se limitó nunca a utilizar la música como medio de expresión: tiene dos libros publicados —«John Lennon In His Own Write» y «A Spaniard In The Works»—, que son mezcla de textos surrealistas y de dibujos ingeniosos. Su literatura era algo extraño y «patante», producto de un espíritu juguetón que, sin

haber leído nunca, probablemente, a Joyce o a Tzara, se dedicaba a distorsionar de todas las maneras posibles el lenguaje y el pensamiento. Obras de un verdadero gamberro de la literatura, como su música era la expresión sonora de los «teddy boys». Su último libro (1), una larga entrevista realizada para la revista «Rolling Stone» por Jann Wenner, ha abandonado ya toda intención de juego y de sorpresa, y resulta por esto mismo mucho más sorprendente: es un hombre joven, que ha tenido un papel importantísimo en la historia y en la cultura de su tiempo, y que se expresa sin inhibiciones ni artificios de ninguna clase, dando su versión particular de los hechos y reflexionando de forma no elaborada sobre las corrientes musicales y culturales en las que estuvo inmerso y que contribuyó a crear.

El libro está maravillosamente bien escrito: en un lenguaje llano, de golfillo —traducido con eficacia por Juan Pablo Silvestre— nos da toda la información necesaria sobre personas y acontecimientos relevantes dentro del «underground»: los propios Beatles, El Mahariishi, Timothy Leary, los Stones, etcétera. Toda una época es juzgada de una forma original por alguien que —sin ser en absoluto un intelectual— es inteligente y tiene un juicio exacto y original sobre todo lo que está contando. Sorprende, además, por su modestia: El hombre que un día dijo ser más popular que Cristo se considera ahora un mediocre guitarrista de «rock» y reconoce que lo que los Beatles hicieron no fue en realidad tan importante, que no han conseguido verdaderamente cambiar nada, ni en la música ni en los costumbres. Se destruye a sí mismo y a sus compañeros como mitos, pero les da una



John Lennon.

(1) «Lennon recuerda». Entrevistas publicadas en la revista «Rolling Stone», por Jann Wenner. Traducción de Juan Pablo Silvestre. Ayuso Akal Editores. Madrid, 1975.